

039. Lema para una gran causa

Resulta doloroso comprobar cómo algunos hombres han desviado a veces a multitudes enteras, precipitándolas en el abismo, por haberles propuesto ideales equivocados y exigido esfuerzos inútiles del todo.

Por ejemplo, el dictador italiano (Mussolini) propuso a la juventud fascista este lema encendido: *¡Creer, obedecer, luchar!*

Un lema como éste no sirvió más que para lanzar a toda la nación a una guerra inútil, de la que salió derrotada después de haber jugado un papel muy triste ante todo el mundo.

Semejante lema sólo se puede proponer al hombre por una causa noble y con la visión de un triunfo seguro.

Y, puestos a discurrir, cabe pensar únicamente en Jesucristo y en el Reino que Él proclamaba.

Si desentrañamos esas tres palabras casi mágicas, pronto nos damos cuenta de que no hay hombre que las pueda proponer por ningún ideal meramente humano.

Creer, creer infaliblemente, ¿a quién? ¿A un hombre como cualquiera de nosotros?...

Obedecer, obedecer a ciegas, ¿a quién? ¿A un simple hombre como nosotros?...

Luchar, luchar hasta morir, ¿por quién? ¿Por un hombre, al fin y al cabo, como nosotros?...

Sólo Jesucristo puede ofrecerse para pedir y exigirnos FE ciega en su Persona, OBEDIENCIA rendida a su voluntad, y LUCHA denodada por el Reino de Dios.

Jesucristo es el único que no se equivoca ni engaña, el único que puede mandar, el único que ofrece victoria segura en el empeño más noble, aunque hubiera de costar la vida.

Entendió esto muy bien un capellán militar, precisamente en aquella absurda guerra mundial.

El sacerdote se había ofrecido voluntario para el frente. Asistía a un pobre soldado moribundo, que había luchado sin saber por qué, y que ahora agonizaba con estas palabras en los labios:

- *¡Maldita guerra! ¡Maldita guerra!...*

El valiente sacerdote se repitió después muchas veces: *¡Maldita guerra! ¡Maldita guerra!...* Pero añadía a continuación, como su propósito más firme, manifestado en una carta confidencial:

- *Yo no me muevo de mi puesto. Aquí he venido para servir a Jesucristo en estos pobres soldados, alejados de sus familias, a fin de consolarlos y de ayudarlos a morir cristianamente, si les llega la hora. Ayudando a Jesucristo en estos muchachos, esperaré el día de la licencia. Sólo por Jesucristo me juego la vida.*

Una bomba, que estalló a su lado en aquel Agosto caluroso, lo lanzó para siempre hasta el Cielo.

Creer, obedecer, luchar, era para el pobre soldado de la trinchera un lema sin sentido, aunque le dijeran que era por la patria.

Mientras que para el sacerdote, voluntario en el frente, era la cifra del heroísmo más grande y la ofrenda más valiosa que hacía a Jesucristo, el único en quien creía, el único a quien obedecía, el único por quien luchaba y por quien iba a morir...

Todo esto puede sonar a literatura muy espiritual, pero también muy barata, y quedarse solamente en palabras bonitas. Pero nosotros, cristianos, sabemos dar a todo esto un sentido profundo en nuestra vida cotidiana. Sabemos hacerlo IDEAL de nuestra existencia.

¿Crear? ¿A quién?... Ante tantas cosas como se nos dicen, ante tantos maestros que nos hablan, ante tantas dudas como nos asaltan, solamente creemos en Jesucristo, y sólo podemos fiarnos con seguridad de lo que nos enseña la Iglesia de Jesucristo por sus Pastores.

Lo demás..., falla siempre. Jesucristo es la VERDAD. Las modas del pensamiento pasan, como las modas del vestido... De la Palabra de Dios nos dice la misma Biblia: *-La palabra del Señor dura por siempre.* De ahí que nosotros, para no dejarnos engañar, acudimos siempre a la Palabra de Dios, tal como Él mismo la confió a su Iglesia, la única que no la adultera y la guarda con fidelidad al Señor.

¿Obedecer? ¿A quién?... Obedecemos, por lo mismo, solamente a Jesucristo, que, cuando nos manda, nos manda para nuestro bien.

Él es el único que nos indica por dónde hemos de ir, ya que el CAMINO que no desvía es únicamente Jesucristo. Por eso nosotros aceptamos todo lo que nos encarga cumplir, en la letra del Evangelio como por mandato de los Pastores que Él mismo ha dejado en su Iglesia para regir el Pueblo de Dios.

¿Luchar? ¿Luchar?... Luchamos en las pruebas de cada día sólo por Jesucristo, porque es el único que merece nuestro amor.

Si hubiéramos de morir en el empeño, no importaría, porque nos encontraríamos definitivamente con la VIDA, que es Jesucristo. Y el morir por Cristo no significa precisamente irse a lejanas tierras a predicar el Evangelio o ser ultimados de un balazo por el enemigo. Significa dar cada día a Jesucristo la prueba de nuestro amor en el cumplimiento fiel del deber o en el sufrir las pruebas de la vida, pequeñas o grandes. Jesucristo ve la lucha, y anima, y aplaude, y espera el momento de premiar al triunfador...

Cada jornada es un campo de batalla para cualquier persona.

Para el cristiano, también.

Pero, si muchos no saben por qué ni por quién luchan, el cristiano lo tiene muy claro: sólo por el Señor Jesús...